

Arquitectura para la felicidad.

Entrevista a Fernando González Gortázar

Ana Cruz

Definido por mil cosas, atraído por cientos de oficios, disciplinas y territorios del arte, Fernando González Gortázar, una de las cartas fuertes de nuestra arquitectura contemporánea, confiesa que de haber nacido en otra época le hubiera gustado ser como uno de esos exploradores del siglo XIX que iban por el mundo dando cuenta de lo desconocido y maravilloso que encontraban a su paso, o como uno de esos caballeros armados que se partían el alma para liberar a la gente de aquello que la encadenaba.

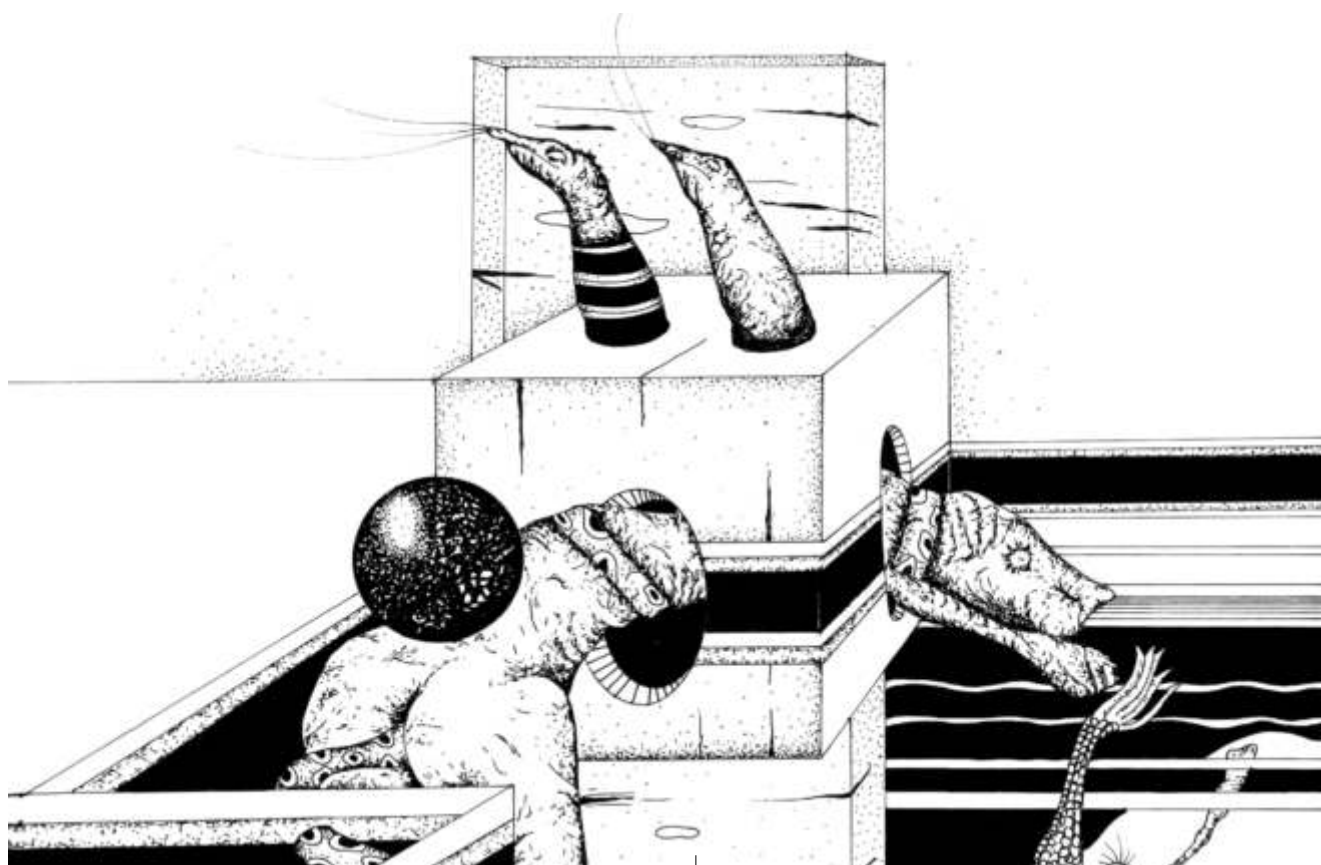
► FGG: Los exploradores del siglo XIX eran una mezcla de naturalistas, antropólogos, geógrafos, etnógrafos, espías, intrigantes políticos. Me parece que era la mejor de todas las actividades. Sin embargo, si bien por cronología y otras razones no fui explorador de lo desconocido sí he podido ser inventor de lo desconocido y ésa es la razón profunda por la que estoy aquí en la vida, por la posibilidad de inventar otros mundos y de ser feliz.

AC: Me llama mucho la atención tu concepto de la “Arquitectura para la felicidad”. ¿Cómo se consigue la felicidad a través de la arquitectura?

FGG: La arquitectura como promesa de felicidad, como invención de mejores opciones, como aventura, como riesgo, la arquitectura como elemento de justicia es lo que a mí me interesa.

AC: ¿Como héroe justiciero de película?

FGG: Sí, como el Zorro de las cintas de aventuras que roba a los ricos para darle a los pobres. Como una especie de caballero armado que se parte el alma para liberar a la gente de aquello que la encadena, la vuelve mediocre, enajenada, triste. Eso debería ser la arquitectura, y los arquitectos deberíamos sentirnos una suerte de activistas dispuestos a





12

EstePaís cultura

dar la batalla para que salga de su marginación y del elitismo. Para que se convierta en riqueza de todos, y salga de los prejuicios y la ceguera gubernamental y privada. En las leyes de obra pública de todo el país debería mencionarse la calidad del proyecto como un valor colectivo.

AC: ¿Qué entiendes por felicidad?

FGG: No puedo definir la felicidad, pero no creo necesario hacerlo, porque aunque escape a las palabras, todos sabemos lo que es la felicidad. Tiene desde luego variables individuales, para ti la felicidad puede ser cierta cosa y para mí otra, pero lo que sí sabemos los dos es que es aquello que desemboca en una especie de plenitud. La palabra felicidad la identifiqué con el sentimiento de tener razones para estar vivos, de que la vida valga la pena. Por ejemplo, no podemos ser felices si no tenemos justicia, paz y armonía.

AC: ¿Es la arquitectura una herramienta de la justicia más que un arte?

FGG: Digamos que la arquitectura siempre es una ciencia, siempre es una técnica, ocasionalmente es un arte, pero por encima de todo esto, debe ser humanismo que nos acerque a estos paradigmas sin los cuales no podemos estar bien los seres humanos cabales.

AC: ¿Por qué te preocupa tanto la injusticia social?

FGG: Hay ciertas cosas de las que me es difícil hablar. Desde muy niño crecí con un terrible sentimiento de culpa de pertenecer a una clase social privilegiada, y de tener gente entrañable junto a mí que no había tenido esta suerte. Siendo frecuentemente mucho mejores que yo, en todo sentido, tenían muchas menos oportunidades y sufrían en carne propia una enorme cantidad de necesidades. Así, la culpa derivada de la injusticia hacia los demás fue compañera de toda mi infancia. La injusticia y la pasión por la naturaleza son las dos obsesiones que me han acompañado desde que nací.

AC: La naturaleza, ¿no es también muy injusta y generadora de terribles injusticias en el mundo?

FGG: La naturaleza es siempre la gran maestra: en estética, en ética, en armonía. La arquitectura debe aprender de la naturaleza para corregir las injusticias sociales. Mi interés por los espacios públicos, por la ciudad, deriva de esta preocupación. La calle es el único espacio que verdaderamente nos pertenece a todos.

AC: ¿Cuál es el compromiso de la arquitectura o del arquitecto con la sociedad?

FGG: Creo que el primer compromiso de la arquitectura con la historia es el de decir la verdad, el de manifestar con toda claridad su ubicación en el tiempo. Lo que sucede es que el tiempo de la cultura no es lineal, no se parte de un sitio y se llega a otro en forma rectilínea; el tiempo de la cultura es espiral, como una espiral desplegable en el espacio en la que todo regresa al punto de partida y al mismo tiempo to-

do se mueve. El arte no se mueve hacia adelante sino hacia dentro, por eso desconfío de conceptos como vanguardia o experimentación, o en el terreno del arte de conceptos como progreso. Creo que el arte tiene en común con la naturaleza que cambia, se modifica, evoluciona, pero no progresa. Un dinosaurio es diferente a una jirafa pero la jirafa no es mejor que el dinosaurio. En el caso de la arquitectura, no creo que nadie pueda nunca superar a las pirámides de Egipto que fueron construidas hace cuatro mil años o al Partenón de Atenas o al palacio del gobernador de Uxmal, construidos con técnicas rudimentarias; la gente que cree que la mejor técnica hace mejor arquitectura no sabe de lo que habla.

AC: ¿Cómo evalúas tus propias obras arquitectónicas?

FGG: Creo que un parámetro infalible para saber si una obra triunfó, es saber si cumplió con la finalidad para la cual la hiciste: la de la felicidad.

AC: ¿Cómo se ve reflejado este parámetro?

FGG: Se ve de muchas maneras: si se trata de un edificio de utilidad práctica, cumplió con su función cuando los usuarios entran en contacto con la obra y la ponen a prueba. La respuesta debe ser una mejor calidad de vida, la obra pública debe ofrecer a los ciudadanos comunes un cambio en su vida, para mejorarla. No creo en la legitimidad de una arquitectura ni excesivamente costosa ni excesivamente ostentosa. Me parece que automáticamente hay una inmoralidad esencial que los valores estéticos no pueden justificar.

AC: ¿Cuáles son tus bases de juicio? ¿Cómo compruebas personalmente que una obra arquitectónica cumplió con su fin?

FGG: A veces voy a visitar mis obras y recibo opiniones. El usuario es de dos tipos: uno que tiene rostro, y del que por lo tanto puedes conocer sus reacciones, que es el que usa el edificio “de la fachada hacia dentro”; pero también está el usuario anónimo que usa el edificio “de la fachada hacia afuera”.

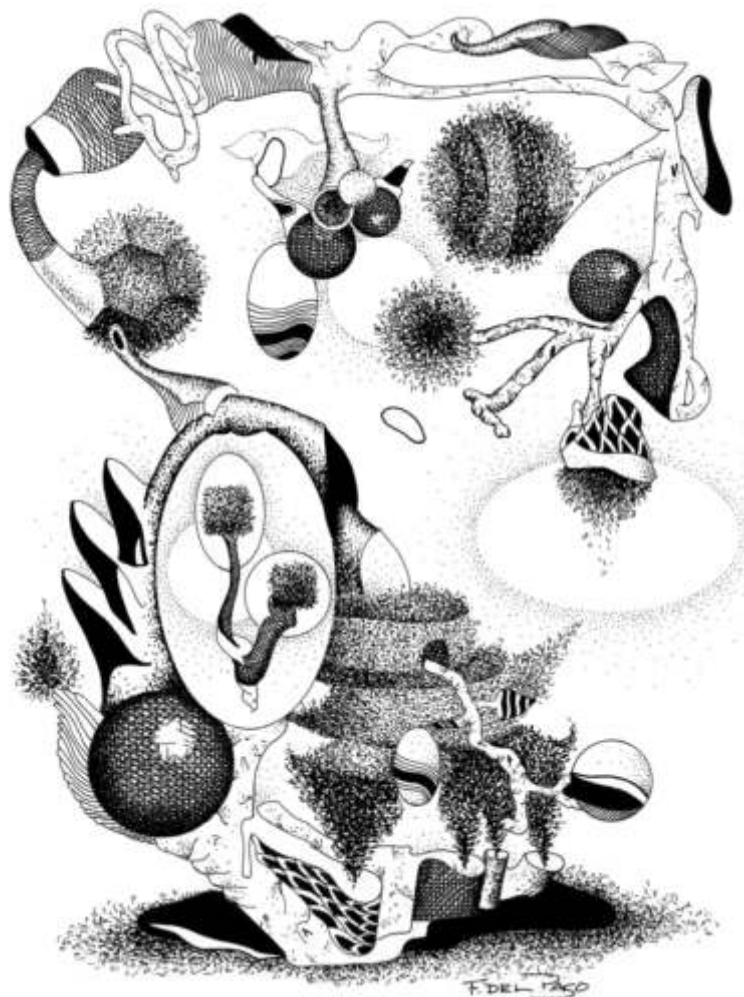


La obra urbana está hecha para el transeúnte que la vive como parte de su espacio, pero se trata de un usuario que es rutinario y cuya primera respuesta es de rechazo. Siente que “están alterando mi paisaje cotidiano”. También esto sucede mucho con la escultura monumental en espacios urbanos. Algunas de mis esculturas han provocado furia de los usuarios, protestas de la gente que ve la escultura como un despilfarro. Pero hay que tener paciencia y entender el proceso de apropiación de esa obra para incorporarla a tu rutina. Apropiarte de un espacio es una forma de felicidad. Hacer tuyo un parque, un puente, una fuente toma tiempo, pero cuando se logra, se alcanza un rasgo de la felicidad. Los rechazantes del principio pueden volverse los más feroces defensores de una obra

pública que han hecho suya, y eso, para mí, es una de las grandes satisfacciones como artista escultórico y como arquitecto.

AC: ¿Cómo ha evolucionado tu obra conforme a tu experiencia?

FGG: Mi obra inicial partía de una base geométrica bastante rigurosa que se ha ido suavizando. Mi geometría se fue volviendo sensual, fue incorporando mi propio aprendizaje personal acerca de lo que era la felicidad. A mí, como a muchos, nadie nos enseñó a ser felices. Yo viví en un mundo bastante necrófilo que era no sólo el mundo familiar sino el de la política, que es siniestro. Ese ambiente fue el que me provocó la pasión por el espacio público y por la arquitectura como riqueza colectiva. Fui aprendiendo a



14 EstePaís cultura

ser feliz y a transmitir esa felicidad a los demás a través de mi trabajo. De tal suerte que mi obra actual, aunque parece estar lejos de la geometría, simplemente la ha hecho florecer en el sentido más literal de la palabra, la ha convertido en algo orgánico, en algo libre, espontáneo. He convertido mi obra en algo mucho más gozoso y placentero que lo que solía hacer en mi juventud.

AC: ¿Has alcanzado los sueños de tu juventud?

FGG: El porcentaje de mis sueños que se han vuelto reales es infame, es decir, del cien por ciento de los proyectos que se han recogido en los libros, sólo el diez por ciento se ha construido.

Sin embargo, debo decirte que algunos de mis proyectos los he soñado literalmente, dormido por la noche, y he despertado y me he levantado a pasarlos a papel idénticos, con todos sus detalles. Esto me ha sucedido tanto con edificios como con piezas de escultura.

AC: ¿Cómo se presentan en tus sueños?

FGG: En el sueño, el proyecto se me presenta como una revelación: ahí está el edificio con su estructura, su función, sus materiales, su color y hasta con el canario colgando del balcón, hasta el último detalle está en ese rayo inicial. A partir de eso, la tarea es transcribirlo de la manera más fiel posible, sin apenas opinar; obedecer a las

musas. Aquí entra un aspecto que me angustia mucho, saber cuál es el momento, el instante adecuado para trazar la primera línea sobre el papel, porque de esa primera línea se va a liberar todo lo demás.

AC: ¿Cuál es la obra que más te gusta porque corresponde a tus sueños literal y metafóricamente?

FGG: Una de las obras que más me gusta de todo lo que he hecho es el edificio para la policía de Guadalajara. Cuando tuve la iluminación del “concepto arquitectónico” entendí desde el primer momento que necesitaba un espacio de transición entre la ciudad y el edificio. Se requería una zona semibierta, semicerrada, semisombreada y semiluminada: una pérgola. Pude visualizar con toda claridad cómo era esa pérgola y debo decirte que era maravillosa. Me gusta mucho y creo que a la mayor parte de la gente le gusta mucho, pero te confieso que era mejor la que estaba en mi cabeza y que fui incapaz de transcribir. Los sueños siempre son mejores que la realidad.

AC: ¿Cómo sabes que es el momento adecuado para dibujar un sueño?

FGG: No lo sabes, te llega. Por eso los griegos inventaron a las musas, que eran unos seres espirituales que vivían con Apolo en el Parnaso, y que de repente se le acercaban al oído al poeta y le decían qué palabra escribir, o se le acercaban al oído al escultor y le decían en dónde golpear con el cincel y el martillo. Por lo menos en mí, el acto creativo viene de fuera, pero es algo muy extraño y difícil de explicar. El acto creativo es un acto de enajenación y enajenación quiere decir, entre otras acepciones, locura. A mí me gusta esta definición del acto creativo como un acto de locura.

AC: Einstein decía que es más importante la imaginación que la inteligencia. ¿Qué opinas?

FGG: Hay que creer en la imaginación más que en la razón. Es más, hay que desconfiar de la razón, porque es un fragmento muy pequeño de la inteligencia y ni siquiera el más importan-



te. Einstein afirmaba que el instinto tiene conciencia y la intuición y la sensibilidad son formas de conocimiento. Por eso hay cosas que sólo entendemos cuando estamos enamorados, el arte desde luego es una experiencia de amor.

AC: ¿Debería existir un vínculo de amor entre el ciudadano y la ciudad? ¿Es responsabilidad de los arquitectos y urbanistas que se dé este amor?

FGG: Desde luego. Me parece urgente que se cree un vínculo erótico entre el ciudadano y la ciudad, es decir basado en el placer, el amor y el sentido de pertenencia. En el momento en que las ciudades nos transmitan este senti-

miento erótico, de que la ciudad es mía y yo soy de ella, podemos estar seguros de que tendremos una mejor ciudad y una mejor sociedad capaz de alcanzar la felicidad.

AC: En nuestro país, ¿existe una ciudad de estas características?

FGG: No, la inmensa mayoría de nuestras ciudades mexicanas, grandes y pequeñas, son sitios en los que es muy difícil tener una vida plena, son espacios caóticos, agresivos, injustos, porque la ciudad no sólo nos transmite imágenes a través de los sentidos sino también mediante nuestra percepción moral. Desde este ángulo, el espectáculo perfecto de la injusticia

que ofrecen nuestras ciudades nos lastima profundamente y las convierte en sitios en que, conscientemente o no, nos sentimos indignados, heridos, despreciados.

AC: ¿Es posible cambiar nuestras ciudades o estamos hablando de nuevo de sueños imposibles?

FGG: Creo que los arquitectos mexicanos deberíamos de ser capaces de diseñar viviendas que no tuvieran esta conducta peyorativa para los inquilinos —de palomares como se les llama, de lugares de hacinamiento insuficientes, donde se pierde la privacidad.

AC: ¿Cuál es el gran reto de la arquitectura del presente?

FGG: Crear espacios para una felicidad posible. Enfrentar el fenómeno de la soledad, porque cada vez hay mas personas que viven solas en todas partes del mundo. No solamente ancianos, sino jóvenes hombres y mujeres, parejas que no tienen hijos, estudiantes, profesionistas de todas edades, sobrevivientes de las guerras que se han quedado absolutamente solos. Los dos grandes retos: la casa individual y la casa colectiva. Las formas de vida contemporánea definen las necesidades de la arquitectura actual, pero la “Arquitectura para la felicidad” puede contribuir de manera definitiva en las formas de vida. La arquitectura es un viaje de ida y vuelta, como la vida misma.

AC: ¿Existe una “arquitectura mexicana”?

FGG: Como gran amante de la música mexicana ranchera, estoy seguro de que José Alfredo Jiménez, Andrés Huescas, Jorge Negrete y Lucha Reyes están en mis edificios, de eso no tengo la menor duda. ~